

CUENTO DEL POBRE HOMBRE

Érase una vez un hombre tan pobre, tan pobre, que no usaba cubiertos para comer, ni guantes de lana para el frío, ni anillos para lucir, ni pulseras para poner, ni camisetas con mangas. Claro que como tampoco tenía brazos, nada de eso necesitaba. Algunos decían que era un pobre hombre y otros un hombre pobre, pero hasta hoy nadie se había puesto de acuerdo. Era pobre sí, pero pobre de espíritu, de alma, que no de dinero (sea eso lo que signifique). No había nada que le consolara de la pérdida de sus dos miembros. Una cruel enfermedad acabó pudriendo sus extremidades superiores. Todo empezó con unos pruritos nocturnos en las manos, que se convirtieron en insoportables al llegar a los codos.

—No hay más remedio que cortar —dijo un doctor tras el exhaustivo examen al que fue sometido.

En la capilla del hospital oficiaron un funeral por sus brazos. Estaban metidos dentro de un pequeño ataúd blanco, como los que se usan para dar sepultura a los bebés fallecidos. No faltaban los ángeles trompeteros y el niño Jesús esculpidos en los laterales —cosa que le fastidiaba sobremanera—, pero tuvo que adaptarse a las circunstancias ante la falta de oferta de ataúdes más sencillos y de talla infantil. Incinerarlos en uno de talla adulta le parecía algo así como acudir a su propio funeral y desestimó la idea. Además, diez días tendría que esperar a la llegada de un féretro acorde a sus exigencias. Eso sí, el pequeño ataúd blanco logró que el camino del hospital al lugar de incineración, siguiendo al coche fúnebre, fuera llorado y bien llorado por cualquier persona que se cruzaba ante la comitiva formada por él mismo y el conductor. Unos le dieron el pésame en voz alta.

—Señor, lamentamos su pérdida señor —dijeron dos sudamericanos mientras se quitaban sus gorras de béisbol.

Otros se acercaron para confortarlo dándole la mano y palmadas en la espalda.

—No somos nada —negó con la cabeza un policía municipal.

Hasta una gitana mayor, vestida de negro se echó en sus brazos llorando.

—¡Ay, que pena más grande, Dios mío, qué pena! —sollozaba la pobre mujer.

Pero el hombre quería olvidar, adaptarse a su nueva circunstancia. ¿Volvería a sentir ganas de vivir, olvidar de su nuevo rol de lisiado circense, que es como se veía a

si mismo? ¿Quién le enseñaría a transformar sus pies en manos asideras tal y como había visto hacer a una mujer en un documental?

Esas cuestiones tuvieron respuesta un año más tarde cuando como cada media tarde el mayordomo le despertaba de sus juergas nocturnas regadas con abundante alcohol y cocaína. Sí, tenía dinero en abundancia y por eso se permitió el lujo de operarse hasta tres veces para que le implantaran unos brazos de silicona, que conseguía activar gracias a unos extraños cables injertados en los músculos de hombros, pecho y espalda. Sin embargo, la tecnología que hacía posible el movimiento articulado de sus brazos de goma, provocaban pequeñas descargas eléctricas por el cuerpo y lo encolerizaban de tal manera, que se hacía arrancar de cuajo los brazos. Una de las veces los tiró por la ventana y fueron a caer al lado de un perro vagabundo que se los llevó para enterrarlos en un parque no muy lejos de su casa. Tres días tardaron en encontrarlos, y no era para menos; cada uno de esos brazos biónicos costaban una fortuna y lo más importante, unos tres meses para confeccionarlos y tenerlos listos para reimplantar.

Un día decidió jugarse, en una de las timbas ilegales a las que solía acudir, sus dos piernas contra la fortuna de un señor algo más rico que él. Era dueño de buena parte de las acciones de las petroleras de Rusia, Bielorrusia y Mongolia Occidental, y además poseía una pequeña granja de cerdos en un lugar remoto de la estepa siberiana, de donde obtenía una exquisita carne con la que agasajaba a presidentes de gobiernos, ministros y consejeros delgados de las más importantes multinacionales; cerdos que eran alimentados con carne de vagabundos, drogadictos, morosos arruinados y todo tipo de perdedores de medio pelo secuestrados en ciudades del primer mundo. Era manifiesto que ante el mal fario que le precedía por su condición de lisiado y la leyenda de pobre hombre u hombre pobre que arrastraba, terminaría perdiendo la partida y sus dos extremidades inferiores. Y contra lo que se pudiera pensar, la perdida de las dos piernas no aumentó en absoluto su desesperación, sino que más bien actuó como un resorte que lo condujo a un estado de paz y confort consigo mismo, y a embarcarse en nuevos proyectos y aventuras abandonando todo tipo de vicios anteriores. Muy decidido, estudió sin parar medicina y farmacia con la sana intención de buscar una formula para luchar contra las células malignas que le privaron de sus dos brazos.

Manos a la obra, o más bien cerebro a la obra, y tras innumerables cursos, másteres, talleres, conferencias, charlas y coloquios, decidió abrir su propio laboratorio

y acompañado por diez de los mejores investigadores del mundo encauzó una serie de experimentos que le llevaron a descubrir una receta contra la mayor parte de las enfermedades habidas y por haber. Sin embargo, escondió los resultados a sus colaboradores y por supuesto al común de los mortales, guardándolos en la caja de seguridad más infalible del banco más invulnerable del mundo.

Un día después de su enorme descubrimiento, murió como consecuencia del ahogo que le produjo un galleta salada que comía mientras veía adormilado la televisión. Su desaparición fue glosada con innumerables y delicados adjetivos por la prensa mundial, ya que bastante se sabía de sus experimentos y de su decidida lucha contra la enfermedad que le obligó a tener ese aspecto de monstruo de feria.

Por orden expresa del testamento, su cerebro fue donado como objeto de estudio al departamento de anatomía forense de una universidad muy prestigiosa, siendo fileteado en diez pedazos diferentes nada más llegar y asignados a los diferentes equipos de investigación. Cada filete cerebral era colocado sobre un gran plato cerámico. Para conservarlo en perfecto estado, se sumergía en una mezcla líquida de aguardiente, vinagre y aceite de oliva puro virgen, aderezado con granitos de sal y azúcar, que levantaba el apetito a más de uno.

El estudio del filete se convirtió en una obsesión para el equipo BO2 de la universidad. Pronto descubrieron una extraña mancha negra minúscula que parecía realizar algún tipo de movimiento cuando recibía estímulos eléctricos. Más de uno creyó ver la emisión de algún tipo de señal cuando observó que los movimientos se repetían con una cadencia similar cada cinco minutos. Era algo parecido a un mensaje.

Decidieron cortar un pedacito de masa cerebral alrededor del punto negro y llevarlo a la sala estanca de experimentos y otros menesteres. Más de cincuenta científicos, embutidos en batas blancas, aguardaban expectantes tras los cristales de la sala mientras una mano robotizada colocaba el trocito de cerebro sobre una finísima plataforma metálica ultrasensible y sacudida por una continua y suave descarga de electricidad. Un pequeño micrófono de última generación, situado a escasos milímetros de la mancha negra, recogía cualquier sonido que de allí pudiera salir. En otra sala anexa, un señor experto en lenguajes cifrados, códigos y criptogramas iba desmenuzando la información y confirmando la evidencia de una señal que descifró como código Morse, pero que dio como resultado un batiburrillo de letras y números que no se asemejaban a lengua conocida alguna.

Dos días más tarde, en la sala de reuniones donde se encontraban los más prestigiosos científicos mundiales discutiendo sobre la extraña mancha negra, el señor descifrador entró como una exhalación agitando un trozo de papel al grito de: “Lo tengo, lo tengo”.

—Conseguí descifrarlo —gritaba entusiasmado mientras se frenaba y tomaba algo de aire—. Es... arf, arf... la dirección de un banco y la contraseña de acceso a una caja de seguridad.

—¡Oooh! —exclamaron al unísono los señores doctores.

—Si, bueno, claro —dijo mirando al suelo y dejándose admirar—. Se trata de un antiguo código de la máquina Enigma muy usado durante la Primera y Segunda Guerra Mundial por los alemanes, y que gracias a mi providencial inteligencia logré interpretar como...

En ese momento un doctor arrancó el papel de sus manos y abandonó escopetado la sala de reuniones seguido por la tropa de excelentísimos eruditos y dejando al descifrador con la palabra en la boca.

Agolpados ante la caja fuerte, los señores doctores sacaron un papel donde venía redactada una extraña fórmula, accesible a sus locuaces sapiencias y una serie de instrucciones que entre otras cosas decía: “Esta fórmula nunca deberá abandonar la seguridad de éste lugar. Aplíquese allí donde fuera necesario y escóndase a toda mente criminal, militar o gubernativa. Solo la comunidad científica está preparada para poner en marcha este proyecto de curación humana a nivel mundial. Firmado: el pobre hombre/hombre pobre”

Los sabios allí reunidos juramentaron por San Lucas, San Juan Leonardi, Galeno, Hipócrates y hasta Plinio El Viejo, que el secreto de la fórmula a la que habían tenido acceso no saldría de dicho lugar por nada del mundo y que no sería vendida a país o persona alguna. Ellos formarían un comité para distribuir y comercializar sabiamente el producto.

Unos meses después, la excelente medicina llegaba a todos los hogares y hospitales del mundo, y de súbito más del 90% de las enfermedades existentes empezaron a desaparecer de la tierra. Por otro lado, brotaron como hongos, estatuas dedicadas al mayor benefactor de la humanidad: unos lo representaban en toda su crudeza sin brazos ni piernas, y otros, por pudor, se limitaron a un busto con su rostro

sonriente. Y la felicidad crecía y crecía en los seres humanos, que se veían infinitos y casi inmortales.

Dos años más tarde comenzaron los problemas de sobre población mundial. No había prácticamente defunciones y la tasa de natalidad se incrementaba una barbaridad gracias al optimismo reinante. La tensión entre los gobiernos iba en aumento. Grandes masas de inmigrantes descontrolados ocupaban los países más ricos y los gobiernos empezaron a culparse de la falta de control de las fronteras de los países pobres. La posibilidad de una tercera guerra mundial estaba al caer.

Los científicos, que juraron no desvelar el secreto de la fórmula medicinal, mantuvieron una reunión especialmente tensa.

—Sí, somos ricos pero no tenemos casi nada que curar, nada que investigar —se quejaba uno.

—Los hospitales se han convertido en centros de ocio y recreo. Parecemos sirvientes y camareros —gritó otro.

—Esto no puede seguir así. Es mi ruina —exclamó un farmacéutico.

—Yo tengo una oferta de mil millones de dólares de mi gobierno por hacerse con la fórmula —dijo un médico austriaco.

—El mío ofrece cincuenta mil millones —dijo un investigador groenlandés.

—¡Y el mío cien mil! —gritó un chino.

—¡Y el mío un billón! —gritó el estadounidense.

Y así continuó la puja durante un largo rato, hasta que llegaron a la conclusión de que lo mejor era dejar de fabricar el medicamento y destruir la fórmula sin más demora.

Pero las ansias de lucha de los diferentes gobiernos mundiales y la presión de los fabricantes de armas por poner en el mercado una nueva remesa de material bélico, provocó que pocas horas más tarde, las primeras bombas empezaran a volar y caer sobre las más variopintas ciudades, con tan mala fortuna que una de ellas hizo trizas el banco donde se encontraba la fórmula de la curación, arrastrando junto a ella, otras fórmulas no menos importantes como la de la Coca-Cola.

Tras dos meses de lucha y unos mil millones de víctimas humanas, la guerra finalizó. Los hospitales volvieron a llenarse, los laboratorios volvieron a fabricar antiguos medicamentos y los sabios doctores recuperaron su prestigio y su trabajo. Tanto y tanto trabajo tuvieron, que más de uno falleció tras un ataque al corazón.

Todos los medios de comunicación abominaron de la fórmula secreta que inventó el pobre hombre u hombre pobre, que a pesar de haberse convertido en el medio más eficaz para asegurar la igualdad entre los hombres y la curación de las más singulares dolencias, casi lleva a la destrucción total de la Tierra y de la raza humana. Menos mal, decían, gracias al buen hacer de los políticos y de la bondad mostrada por éstos para llegar a acuerdos globales, estaba garantizada la paz mundial. Todo volvería a ser como antes. El entusiasmo se apoderó de los pueblos y de las gentes.

—¡No a la inmortalidad! —gritaban unos.

—¡Viva la enfermedad! —gritaban otros, entre ellos un buen número de científicos y dueños de laboratorios.

De inmediato, se ordenó la demolición, aniquilación y destrucción de cualquier escultura, escrito, semblanza o símbolo que hicieran recordar al innombrable y su memoria se fue diluyendo con el paso de los años. Todo el mundo volvió a ser relativamente feliz y relativamente infeliz. La muerte, tras el empacho de los mil millones de la última guerra, volvió a pasear con su rutina habitual, por hogares, hospitales, guerras, desastres, inundaciones. El gobierno de los EEUU, declaró el día de la desaparición de la fórmula de la Coca Cola como jornada de luto oficial e invirtió miles de millones de dólares en recuperarla sin éxito alguno. Pronto, fue ampliamente superada en ventas por Mecca Cola, refresco habitual del mundo árabe. Este hecho dio comienzo a lo que se conoce como el declive del Imperio Americano.

Mientras tanto, en el laboratorio de anatomía forense, una nueva mancha negra fue descubierta por el equipo BO2 en un trozo de corteza cerebral del pobre hombre u hombre pobre que fue hábilmente salvada del exterminio. Empezaba a emitir señales.

JB 2010